

Formas

Valeria Cini / Paula Jiménez

F

(Carlos Drommond de Andrade)

Forma
Forma
Forma

que se esquivo por eso mismo vive
en el muerto que la busca

el color no se posa
ni la densidad habita
en esa que antes de ser
ya
dejó de ser no será
más es

Forma
Fiesta
Fuente
Flama
Film

La vuelta

(Paula Jiménez)

*“lo que finalmente nos resguarda
es nuestra desprotección”*

R..M. Rilke

Ellos buscan en la vereda cosas
como otros pepitas de oro
en las arenas de los ríos.
Viajamos en el mismo tren, yo llevo
mi mochila de cuero, ellos sus changos
que regresan cargados
en los vagones de la medianoche.
A veces yo también soy ellos
en una realidad de latas,
cartones y botellas. Las ruedas
de ese incómodo equipaje
hecho de caño y bolsa de arpillera
en su trajín chirrían, ascendiendo
escalón por escalón hacia el andén.
Un pueblo que vive de los restos
que otro pueblo va dejando en las calles
y convierte las partes en un todo, un mundo
al que el otro mundo se le antoja ajeno
como si no le fuera propio

el desamparo o la búsqueda de oro
bajo la niebla.

Soy huérfana de vos cuando camino
por la ciudad en noches como ésta.

La calle de las Alegrías

(Paula Jiménez)

Una mujer fue a la calle de las Alegrías y se rió a carcajadas pensando que era lo correcto, hasta que un hombre grandote de pómulos inflados le preguntó qué hacía ahí. Vengo a la calle de las Alegrías, dijo ella sin parar de reírse, porque quiero curarme de una enorme tristeza. Qué hermoso que hayas venido a la Calle de las Alegrías, le dijo él, pero debo informarte que este no es tu lugar. Para pasear por la calle de las Alegrías, primero tenés que estar alegre. Entonces, a dónde tengo que ir ahora? Preguntó la mujer, cortando una carcajada por la mitad. Tenés que ir, dijo el hombre, a la Calle de la Tristeza. Y donde queda la Calle de la Tristeza? Preguntó la mujer. La Calle de la Tristeza es una calle infinita, contestó, cuando terminés de caminarla podrás elegir otra. Primero, le reclamó la mujer, nunca voy a terminar de caminar una calle infinita. Segundo: qué puedo encontrar en esa calle, sino más tristeza?. Acá encontraste alegría? Le preguntó el hombre. No. Entonces cómo podés saber lo que vas encontrar en otra parte?. Es cierto, se dijo a sí misma. Y entre pensamiento y pensamiento uno más triste que otro, la mujer retrocedió una cuadra desde donde estaba hasta salir de la Calle de las Alegrías. Como nada había cambiado y sentía fracasar una vez más decidió ir a beber un par de copas a un bar cercano y que tenía un cartel gigante, decía “Bar”. Entró con la cabeza gacha y sin siquiera mirar a su alrededor. Se sentó en una banqueta alta y apoyó los codos sobre la barra, luego los dejó caer y sobre ellos la frente. Y comenzó a llorar. Lloró, lloró y lloró sin parar hasta que de tanto llorar sintió sed. Levantó la vista por primera vez y no vio nada ni nadie, salvo un espejo detrás de la barra que la reflejaba y ni siquiera muy bien, porque estaba roto y sucio. Tengo sed pensó. Quiero agua. Entiendo, se dijo, aquí no me darán nada para tomar. Se fue de allí. Pasó al lado de una viejita que estaba sentada sobre el pasto y le preguntó, señora, donde

podré conseguir agua para mí? En ningún lado, respondió la anciana. Cómo que en ningún lado? Entonces, voy a morir de sed? Preguntó alarmada. Si pensás que el agua es para vos, sí. No, dijo la mujer, pienso que el agua es para todos, pero ahora la quiero para mí. En ningún lado, afirmó la viejita. Señora, por el amor de dios, tengo sed. Ah, dijo la viejita, el agua es para tu sed? Sí. Tomá de aquí. Gracias dijo la mujer, y llevó a su boca un vaso del que por más que bebía y bebía nunca se vaciaba. Cuando sació su sed le devolvió el vaso que se encontraba tan lleno como al momento de recibirlo. Esto es muy extraño señora, le dijo la mujer. Qué es tan extraño, respondió. Es extraño que esta agua no se agote nunca. Ah! A eso te referís!, exclamó la viejita. Sí, a eso. Bien, entiendo, vos sabés dónde estás? Preguntó la ancianita. No, contestó la mujer. Estás en el Jardín de la Vida, todo lo que hay aquí no se agota nunca, querés quedarte?. No, respondió, debo ir a la Calle de la Tristeza porque quiero curarme de una enorme que me aqueja y luego decidiré a donde ir. Muy bien, dijo la viejita, la Calle de la Tristeza es aquí mismo. Dónde? Y le señaló una silla que estaba a menos de un metro de distancia sobre el cemento. Sentate. Pero, señora, no estará usted equivocada? Me han dicho que la Calle de la Tristeza es una calle infinita. Sentate, repitió la viejita y luego hablaremos. Entonces la mujer hizo caso del consejo y se sentó en esa silla tan cómoda, viendo brotar de su mano un pañuelo gris. Con él podés consolar tus lágrimas, dijo la viejita. Yo me voy ahora y vos te vas a quedar ahí, si me necesitás llamame. Gracias, dijo la mujer, y pensó: “qué amable es la gente en el Jardín de la vida, pero yo sigo teniendo motivos para estar triste”. Entonces su corazón se sintió peor que nunca y una pesadumbre aún más grande la aquejó, se tapó el rostro con las manos y pensó que era lo mismo ver o no ver, porque ya nada le interesaba. Llegó la noche y la encontró llorando y también el día y luego volvió el crepúsculo descolorido y el alba sin lucero y la encontró llorando. Cuando ya habían pasado varias semanas sintió desesperación y se quiso levantar de su asiento pero no pudo, su cuerpo estaba pegado a la silla y la silla al piso. Entonces pidió ayuda a los gritos. Señora, señora del Jardín de la Vida! Ayúdeme a salir de aquí!. No

grités, dijo la anciana, estoy a tu lado. No la veía, dijo la mujer. Es que la gente que va a la Calle de la Tristeza solo se ve a sí misma, respondió la viejita. Pero ahora me estás viendo y quieres salir, verdad? Sí, señora, ayúdeme, se lo ruego. Esta no es la Calle de los Ruegos, señorita, aquí con solo pedir ayuda alcanza, deme la mano. Entonces la viejita le tomó la mano y la mujer se incorporó sin hacer la más mínima fuerza. Esto es un milagro dijo, al ver que podía caminar. Estoy tan contenta, creí que iba a tener que quedarme allí infinitamente! Te quedaste ahí infinitamente pero es hora de salir, dijo la señora del Jardín de la Vida. Entonces apareció el hombre grandote de pomulos inflados y la invitó a bailar con él. Claro, contestó la mujer. Y bailaron juntos en una calle ancha y clara. Dónde estamos preguntó? En la Calle de las Alegrías contestó el hombre. Qué curioso dijo la mujer, yo no recuerdo este hermoso cielo y esta música, no recuerdo que eras tan buen mozo y lo bien que bailabas, no recuerdo nada de lo que ahora veo. Porque antes no lo veías, dijo el hombre, y estamos aquí para festejar que recuperaste tus ojos y ahora que te veo con ojos, qué linda sos!. Gracias dijo la mujer y se sintió feliz, feliz, feliz. Y a punto de llamar a la señora del Jardín de la Vida para que venga a bailar con ellos, miró la calle para ver de donde provenía la música. Mirando, vio venir un grupo de personas vestidas de muchísimos colores que cantaban y tocaban bombos, panderetas y silbatos. Entonces la mujercita con el corazón lleno de regocijo se incorporó a la banda tomada de la mano del señor mofletudo, con gran asombro descubrió que la ancianita también estaba ahí, marcando los pasos de la murga.

Brasil

(Paula Jiménez)

I.

Los viajes que la abuela hacía
eran siempre en invierno, o tal vez yo
los fijé en esos meses de días cortos
cuando la oscuridad llegaba
unas horas antes que mamá.
La abuela me traía de Brasil
un diminuto colectivo lleno
de chocolates, el mismo siempre,
en cartón pintado. La alegría
que sentía al recibirlo repetía otra,
cotidiana, cuando de vuelta del trabajo
mamá le daba fin a las penumbras
al encender las luces de la casa.
Por esos días fríos, cada bombón
cobraba gusto a un país desconocido,
a cierto idioma que yo nunca
había hablado. El colectivo aquél
salía de su valija con el mismo impulso
que un payaso saltando por la tapa
de la lata después de darle cuerda.
Como ese personaje mi colectivo

era el secreto de algo inexplicable.

Me hechizaban las idas

y vueltas de mi abuela,

su largo viaje

simulando un truco mágico.

II.

Una tarde sin que nos viera la maestra,

Marcelo y yo cambiábamos figuritas.

De pronto abrí un paquete y encontré

la difícil. Se la di, no esperé nada

de ese gesto pero él me regaló su lápiz,

atesorado recuerdo de Brasil. Mamá

vivió en San Paulo algunos años y nunca

habló ese idioma, por eso para mí

aquél era un confín mudo y perdido.

Se hacía material en los regalos que parecían

constancias de otro mundo, meteoritos,

trocitos de galaxias. Como ese lápiz,

algunas cosas pueden

llevarnos a tiempos y lugares

donde nunca estuvimos y así pasan

a ser lo que no fueron:

aviones, playas, morros, la promesa

de una vida impensable.

Cuando Marcelo dejó sobre mi banco

aquella prueba, el puño de mamá

golpeó la puerta del aula.

Fue una sorpresa adivinar su figura

tras el vidrio. ¿Qué hacía ella

en el lugar y la hora inesperados?

No lo recuerdo, sólo guardo

ese gesto radiante trasuntando

en secreto una respuesta. Entonces,

mamá, ¿*Todo tá fora?*

III.

Marcial era su nombre

y quise conocerlo, parecía mentira

que los parientes brasileños vinieran

por fin a nuestra casa. Papá puso una mesa

enorme en el jardín y esperamos

impacientes como si fueran los regalos

de aquella Navidad. Yo no pude

estar sentada ahí, sino en mi cama.

Se hizo señorita, dijo alguien

por excusar mi ausencia y me vi teñida

en el color de la vergüenza. *Todo mi cuerpo*

se deshace, pensaba yo, neófita ante ese
dolor que sostenía entre mis manos.
Me dormía de a ratos escuchando
trás la ventana el relato extranjero de Marcial,
veloz era su voz y suave como el cantar
de una mujer. Afuera él *falaba* portugués
aquella noche, en el jardín prohibido para mí.

IV

Lo primero que hice fue perder
el libro de Swan cuando llegamos
al hotel de madrugada. Dejé
mis cosas en mitad del salón,
salí caminar y ni el aire
ni el paisaje me distrajo sino algo
más parecido a los milagros.
Cruzar una frontera es como hacer
girar la cinta mágica
convirtiendo el adentro en el afuera,
eso hicimos. Mamá nos invitó
y ni bien puso un pie en el aeropuerto
dijo, *hijos*
llegamos a Brasil, así nombró
ese recuerdo mudo que también está en mí.
Creo en los milagros cuando veo

realizado algún sueño de infancia.

Igual que entonces sólo un decir

me alcanza, es el decir

da senhora que canta

(siempre estoy adentro

y afuera de esa voz, como del habla).

Dios

(Paula Jiménez)

si lo tenía todo

¿para qué abrió la boca?

¿entran moscas

en una boca abierta?

si entrasen todas juntas

¿se cerraría la boca?

¿y si dios fuera un sapo?

pero si nolofuera

¿o fuera noloadentro?

sería... ¡nosepepe!

Papá mosca, sería

dios, el sapo

¿en qué boca entraría

dios

que es la gran boca?

¿y dónde entro yo?

en su ombligo tal vez

sólo hay pelusas

¿cuántas pelusas entran
en su ombligo?

¿si la pelusa es una
dios es... cuánto?

si dios es uno y la pelusa
otra
¿serán dos?

¡No!
dios es su propia

¡es otra!, dijo dios:
“que se haga la pelusa”
y ella se hizo

pregunto, ¿para qué
a dios le haría falta

la pelusa, sin nada le hace

falta?

¡dios está en todas partes!

dios está en cada boca abierta

¡entran moscas!

si dios está en las moscas

entonces

dios adentra en dios

como un bolsillo

dado vuelta

de dios, el pantalón

¿y lo tiene bien puesto?

por supuesto, es dios

el agujero

por donde cae

una moneda

¿y cómo cae a dios

que es la vereda?

cae de cara, cruz y ficción.

O céu

(Valeria Cini)

*O céu que bate, que se adeanta
con ritmo de formas que se abraçam
o céu, e sus qualidades, que nao sao terrenales,
paranormales.*

*O céu, sua cor, seu corpo o céu,
o céu, sua cor, seu corpo o céu.*

*Muta, trasformase fica n amia cabeça,
atrapase nos meus olhos, me abraça, me eleva.
Mora nos meus olhos, fica n amia garganta,
me arrecia, me trança.*

*O céu, sua cor, seu corpo o céu,
o céu, sua cor, seu corpo o céu.*

I Ching

(Paula Jiménez)

Perderás de mil formas

toda forma acunada,

toda forma

Beberás esa agua

hasta saciar tu sed,

beberás de tu sed.

Cuando el día presente

su moneda de oro

y te ciegue aquello

que vuelve siempre,

los signos distantes

hablarán

de las ardidadas formas

que se chupa el olvido.

Seis veces delineada

tu suerte

se sentará en tu mesa

romperá tu caldero

y será otra.

No tendrás

más que lo que regresa.

Formas

(Valeria Cini)

*De madrugada
de cara ao céu
seu corpo ainda
pasa no meu.*

*Amar demais
comer demais
beber demais
fumar demais
viver demais
matar demais
nascer demais
morir demais
pensar demais
comprar demais
esperar demais
tentar demais
falar demais
calar demais
chorar demais
reir demais
sonhar demais
sofrer demais*

ficar demais

andar demais

sao formas.

Sao formas.